

CUENTA ATRAS

¿A dónde vamos?. Doy por descontado que el Gobierno Suárez obtendrá en la consulta un sí homologable en Europa. Es decir, un sí que supere el sesenta y siete por ciento del censo electoral. Doy por hecho que esta noche, cuando se firmen las últimas actas, habrán caído los últimos reductos del Estado anterior y unas instituciones vigentes durante cuatro décadas echarán el cierre. Pero, aún así, sigo preguntándome ¿a dónde vamos?. Decir que "a la democracia" es una simpleza. Tengo dos elementos para establecer un juicio previo: el primero y más doloroso, el atentado a don Antonio María de Oriol y Urquijo; el segundo, las conclusiones del Congreso del Partido Socialista Obrero Español. El terrorismo es un fenómeno internacional, sólo apto —entiéndase bien esto— para países libres y democráticos; una forma de salvaje libertad que no puede practicarse en las "democracias populares". Desde ese punto de vista, no creo que los síes, como explicaba la campaña electoral, acallen la violencia. La violencia conocerá una escalada poco común y por encima del supremo interés de España y de los españoles, el interés de los grupos, de los partidos, de las internacionales, volverá a poner en circulación la lejana estampa del pistolero a sueldo, tan habitual, según las crónicas, en los años inmediatamente anteriores a la contienda civil. En cuanto a los partidos políticos, ¿a dónde nos llevarán?. El gesto triunfal y desenfadado del P.S.O.E. al "pronunciarse" por la República Federal, es explicativo; no es una oposición al Gobierno, que resultaría lógico; es una oposición al Estado. La oposición al Gobierno es lícita y deseable; la oposición al Estado es subversiva y condenable.

La abundancia de partidos regionalistas o separatistas o cantonalistas, que todo, para el caso, viene a ser lo mismo hace suponer que España pueda subdividirse en tantas parcelas como papeletas han caído hoy sobre las urnas. Ni condeno ni aplaudo. Me limito a observar y a explicar a los lectores mis observaciones, inevitablemente filtradas por los motivos que me impulsaron siempre a profesar una fe religiosa, un amor a España y una vocación de defensa del pueblo y de los intereses generales, que nada tienen que ver con los derechos de los separatismos o con los derechos de los partidos. Llego a una conclusión evidente: esta noche quedarán firmadas las actas de defunción de las instituciones: la Soberanía Nacional pasará del Estado a los partidos políticos y no al pueblo, como ha proclamado, tan terca como innecesariamente, la campaña oficial. No estará en las manos del pueblo porque sus representantes han sido sustituidos por los intermediarios, que, como ocurre en las lonjas de los mercados, son quienes se benefician a costa del productor y del consumidor.

Como no pienso pertenecer, por el momento, a ningún partido político, no tendré representación alguna ni en la Cámara Baja ni en la Cámara Alta. Se ha cerrado el paréntesis: cuarenta años de vida; y, con ellos, se van a borrar de la faz de nuestra tierra las grandes y las pequeñas conquistas de este tiempo. Todo. Ha caído el telón y yo felicito al Gobierno del señor Suárez porque, a pesar de la campaña orquestada en el Ministerio de Información y Turismo, estoy seguro de que esta noche obtendrá el porcentaje homologador necesario para circular por Europa sin miedo a que nadie le increpe. Le sugiero, de paso, que para que todo resulte perfecto, armónico, riguroso y absoluto, las elecciones generales se celebren el 16 de febrero de 1977. Los españoles que no alcanzamos en vivencia práctica aquellas fechas de 1936, podremos ver de nuevo en la Puerta del Sol el retrato de don José María Gil-Robles y en la Puerta de Alcalá el de Mao. Es para completar la homologación con el pasado, que, en el fondo, es lo que importa. Lo que no veremos ya jamás —¿para qué?— será la imagen de otro Francisco Franco acudiendo generosa y sacrificadamente a calmar nuestros sofocones. Pero de eso el señor Suárez no tiene la culpa.

Antonio IZQUIERDO